

JOAQUÍN ORTEGA FOLCH

EL PROBLEMA DE LA FELICIDAD ANTE EL DOLOR Y EL PLACER

HAY PROBLEMAS filosóficos que semejan abismos insondables, en que la mente humana se hunde, sin encontrar jamás su fondo o su verdad.

He aquí uno de ellos.

El hombre, apenas despierta a la vida, adquiere la conciencia de su propia imperfección. "Es un ser caído", dicen las Escrituras, y de ahí su condición desventurada. La esperanza le muestra siempre, empero, una perspectiva risueña, redentora, próxima o lejana, y ello constituye el móvil de todos sus afanes y el consuelo de todos sus males. No importa que miles de generaciones, no importa que millones de hombres hayan hecho el tránsito doloroso de la cuna a la tumba, en persecución de ese espejismo. El va siempre tras la gran alucinación, porque la esperanza es hija de su propio Dolor.

Acaso el error fundamental del ser humano consista en dar a este concepto de Felicidad un sentido que no puede tener. Para muchos, ella se confunde con un estado beatífico, eufórico, en que el hombre está satisfecho de sí mismo y nada anhela, porque todas sus aspiraciones, sus sueños, sus deseos han sido cumplidos. Pero semejante estado venturoso entraña un complejo tal de circunstancias concomitantes, de orden objetivo y subjetivo, que resulta inasequible y, sobre todo, de muy precaria duración. La caída del potencial feliz prodúcese ante el menor contratiempo.

El contenido de Placer que supone este estado anímico es también otro grave escollo para su conquista, pues Dolor y Placer, dicha o infortunio, son hermanos inseparables; nacen el uno del otro, se complementan, se generan y suceden, como el bien y el mal, como lo perfecto y lo imperfecto. Son conceptos relativos, antagónicos y dife-

renciados en apariencia, pero de la misma esencia, como el frío y el calor, como la luz y las tinieblas.

Por una razón secreta, el Dolor es mucho más profundo, positivo, permanente y manifiesto que el Placer. El Dolor jalona la vida humana. Los hitos del sufrimiento van señalando nuestras etapas y fijando nuestros recuerdos. Dijérase que el Dolor forma parte de nuestra actividad vital, cual si fuera el lúgubre reflejo de nuestra debilidad e imperfección. En las formas inquietantes de la duda, de la ansiedad o del temor, nos cerca, nos persigue y acecha incesantemente hasta en los instantes de mayor ventura, cual un enemigo envidioso que nos soplara al oído: "No os hagáis ilusiones. Eso no puede ser. No puede durar".

El dolor moral o el físico (para muchos fisiólogos todo dolor es meramente físico), nos hace reconcentrarnos y recogernos dentro de nosotros mismos en un impulso semejante al de la instintiva defensa; lo apreciamos en su cabal duración y lo vivimos hondamente, como si todo nuestro ser consciente e inconsciente le inmolará hasta su último átomo. En los estados más agudos de angustia o desesperación, altera nuestro pulso, nos desfigura el rostro, nos arranca lágrimas o gritos, en tanto nos roe y consume como un cáncer.

El sufrimiento no sólo es patrimonio del hombre, sino de toda la Creación. La avecilla y la fiera, el reptil y el insecto, el animal doméstico o el selvático también lo experimentan y padecen en sus privaciones anónimas, en el rigor de los climas extremos, en el látigo del amo o en el terror de ser devorados por sus enemigos. Esa planta que se agosta falta de riego o de calor, la hoja clorótica que muere, el tronco carcomido por pestes o gusanos, ¿no sentirán acaso una especie de mudo y secreto dolor que no comprendemos?

El Placer, a pesar de ser, como dice Wundt, "una cantidad positiva de que el Dolor sería la negativa", no provoca en nosotros un efecto vital tan hondo, duradero ni ostensible. No siendo concéntrico como éste, sino expansivo y deleznable, algo en movimiento y en perpetuo devenir, dijérase extraño a nuestra naturaleza e incapaz de compenetrarnos, como el aceite al agua. El Placer, una vez gustado, deja de serlo o disminuye sensiblemente en intensidad, así como la expectativa de un goce intenso lleva una mezcla de sufrimiento en la inseguridad de alcanzarlo. Mientras el Dolor prende en el campo propicio de nuestras imperfección como una semilla fecunda, el nirvana placentero languidece cual una planta que extraña el ambiente. Cuando el goce es excesivo, cuando rebasa la dosis que el cuerpo o el espíritu pueden soportar, daña y se convierte en Dolor. Así, en las formas mor-

bosas del sadismo, del masoquismo y otras psicosis, Dolor y Placer se confunden. Todas las fobias pasionales, la lujuria, la venganza satisfecha, la ira desfogada, no son sino estados agudos de voluptuosidad más o menos dolorosa. El Placer delirante es patológico y la saciedad completa se traduce en molestia o descontento. El tedio de que se quejan los grandes gozadores, los hombres mimados por la suerte, abrumados de poder, de riqueza o de gloria, tiene su origen en el hartazgo de todo, en el horror de no tener ya nada que desear ni esperar. La inanidad de sus vidas los induce entonces a empresas vanas o descabelladas, a deseos insensatos o imposibles, cuando no a locuras o crímenes.

Para ciertos filósofos, el Dolor es un problema similar al de la existencia del mal. Nótese, sin embargo, que no todo mal acarrea Dolor, ni todo Dolor se resuelve en mal. Por lo menos, la relación de causalidad no es inmediata. Grave perjuicio para el cuerpo y para el alma es, sin duda, ingerir tóxicos tan nocivos como la cocaína o el opio; pero pocas euforias superan a las que experimentan los viciosos de esas drogas. Por la inversa, la operación dolorosa a que se somete el paciente, ¿no significa para él la liberación de un mal, la vuelta a la salud y a la vida?

Epicuro, con su famosa teoría sobre la Felicidad, consistente en el Placer o en la ausencia del Dolor, avivó mucho estas polémicas, al paso que los estoicos se hicieron famosos por su arrogante desprecio del sufrimiento, hasta no reconocerlo siquiera como una especie del mal. En verdad, parece posible poner en duda su carácter real si se observa que es propio de la conciencia y de la voluntad el aumentarlo, reducirlo y hasta hacerlo extinguirse del campo sensorial, así fijemos la atención en él o la apartemos, así le concedamos mayor o menor nocividad. Mucho más domeñable resulta el Dolor moral, si se posee una voluntad poderosa y una atención bien disciplinada. Es curioso, sin embargo, observar la anomalía de que la cultura de los individuos o de los pueblos no es proporcional al dominio que ejercen sobre sus dolencias. Ya Leibnitz llamó la atención a que los salvajes y las razas inferiores aventajan extraordinariamente a los civilizados en su estoicismo, mientras Ribot llega a afirmar que la sensibilidad al Dolor es proporcional a la civilización.

¿Es ésta una de las engañosas ventajas del progreso humano? ¿Es ello lo que nos aleja o, cuando menos, nos mantiene estacionarios en la conquista de la Felicidad? Sea como fuere, la verdad es que el Dolor está en relación con la perfección de la facultad receptora: a mayor delicadeza y complejidad del órgano, mayor efecto sensitivo.

Tenemos, pues, que Dolor y Placer son conceptos inseparables. Si sufrimos es por haber gozado anteriormente; si disfrutamos de alguna alegría, es por haber carecido de lo que esa alegría actual contiene. El Dolor, por ende, viene a ser como el vacío del Placer, y éste, la ausencia de aquél. Un sufrimiento es tanto más cruel, cuanto mayor es el bien o el Placer que, al extinguirse, le dieron origen. En el orden físico, el hambre, la sed, el frío, el calor, el deseo sexual, todas las necesidades corporales, todos los azotes de la carne, dan lugar a la extinción o satisfacción de los mismos, satisfacción tanto más deleitosa cuanto mayor fuera la privación.

En lo moral, ocurre otro tanto. El amor, supremo deleite, engendra en el hombre las mayores desventuras: los celos, el desamor, los engaños, la traición, el odio... ¿Hay nada más cruel? No sabríamos de ingratitudes, de orfandades, de nostalgias ni menosprecios, si no existieran el cariño, la amistad, la estimulación y todas las efusiones del sentimiento, de la consideración humana y la ternura. En una palabra, todas aquellas injurias a nuestro amor propio no podrían hacernos desdichados, a no mediar estos afectos que endulzan, alegran y dignifican la existencia. Podrá objetárenos que hay desheredados de la suerte que nacen y mueren desgraciados, a pesar de no haber conocido nunca la dicha; pero notad que esos desventurados lo serían mucho más si en alguna época hubieran sido felices.

Cuando perdemos al ser amado, ¿por qué sufrimos? ¡Ah! porque añoramos la extinguida fuente de ternezas y embelesos de todo orden que nos brindaba su trato. Cuanto más vivos fueran tales goces, tanto mayor nos parecerá nuestro infortunio, así como las tinieblas nos parecen más negras cuando suceden a una luz deslumbradora.

La salud, la libertad, la riqueza, la gloria, son, por cierto, dones inapreciables, aunque incapaces de hacernos realmente felices si no hemos palpado antes la enfermedad, la prisión, la miseria o el oscuro anonimato. Gozamos por haber sufrido y padecemos por haber sido dichosos. ¡Oh triste dilema del hombre maldito!

Cuando vemos un rostro radiante de júbilo, sería del caso preguntarle: “¿De qué sufrimiento le proviene a usted esta dicha?” Entonces el aludido tornarése un tanto sombrío al evocar la causa y decirnos: “De un temor, de una amenaza, de una ansia mortal que me atormentaban y que, afortunadamente, cesaron para mí. Por eso me siento feliz”.

Agreguemos todavía que el móvil inmediato, lo que empuja al hombre tras su engañoso espejismo, haciéndolo gozar y padecer alternativamente, no es otra cosa que el deseo. Motor de nuestros actos,

acicate y señuelo de toda ambición y causa inmediata de nuestro decantado progreso, el deseo nos asedia y atormenta incesantemente y es el más solapado enemigo de la dicha edónica, porque, en el fondo, es Dolor. Como un deseo satisfecho da nacimiento a otro, y éste a un tercero, etc., la inquietud del hombre no tiene reposo; la esquiva Felicidad se le escapa a cada instante y le es tanto más difícil alcanzarla cuanto más intensos y múltiples sean esos anhelos.

El ambicioso es, por ende, un hombre poco sabio. Todos sus triunfos, sus instantes de regocijo, sus satisfacciones momentáneas, poco significan junto al cúmulo de ansiedades, desazones y desvelos que los precedieron. El varón prudente limita sus aspiraciones, y así, sólo así consigue un estado más permanente de conformidad, con un mínimun de Dolor.

Y sólo a esto tenemos derecho.

Entendida así la menguada Felicidad del hombre, debe estar adscrita, no obstante, a tres elementos indispensables: al Bien, al Placer y a la Virtud.

Las cosas nos parecen apetecibles y gratas por su bondad intrínseca; el Placer es el efecto de la aspiración satisfecha, y la Virtud es el ideal de la inteligencia y del sentimiento que la sanciona, proporcionándonos la conformidad interior y la paz del corazón. Si v. gr., por medio del trabajo honrado ganamos dinero, habremos alcanzado una porción de Felicidad, toda vez que concurren los tres elementos fundamentales: bondad de la cosa apetecida (el dinero es un bien); Placer (el dinero lo proporciona en mil formas) y Virtud (el trabajo honrado es una forma de Virtud).

Si faltare alguno de estos requisitos, la Felicidad será ilusoria. Hagamos abstracción del *bonum honestum*, que decían los latinos, y supongamos que ese dinero ha sido hurtado. En este caso, nuestra Felicidad, menoscabada por los reproches de la conciencia o las amenazas de la justicia, veráse seriamente enturbiada. Fácilmente se comprende que no podrá existir tampoco si falta alguna de las otras condiciones.

Los filósofos antiguos, sin embargo, creyeron posible la Felicidad sin la virtud. Y, al efecto, del conflicto entre ambas escuelas arrancan las diversas doctrinas morales, desde el hedonismo, que hace consistir el bien en el Placer, hasta el idealismo, que sólo lo encuentra en la perfección. Interpretada rigurosamente, la moral hedónica es la consecuencia natural del sensualismo y del egoísmo, toda vez que excluye la moderación en la busca de la dicha. La naturaleza, el instinto, la pasión, son los verdaderos inspiradores del hedonista; el *bonum honestum* es reemplazado por el *bonum delectabile*. En la calificación de los actos

no se toma en cuenta la moral ni se atiende al contenido u objeto de la acción placentera, como tampoco a la relación de ésta con la perfectibilidad humana. A esta perfección atiende principalmente el *eudemonismo*, que ve en la dicha el premio natural de la virtud.

Llegamos, finalmente, a la desoladora conclusión de que la Felicidad a que aspira el hombre desorientado y *caído* no es más que un sueño, un venturoso sueño, cuando se la mira como una esperanza. No osemos aprehenderla: se desvanecerá a nuestra vista como un crepúsculo, dejándonos en las más sepulcrales tinieblas. Convenzámonos de que ella no puede ser sino una creación subjetiva de los espíritus inteligentes, sanos y fuertes. Dentro de ese estado de mediana conformidad, podemos incubarla dentro de nosotros, merced a una auto-sugestión tenaz, convencidos de que la naturaleza y la vida encierran manantiales inagotables de alegría, cuando llevamos el alma pura y el corazón en paz.

Si el mundo nos libra luz y tinieblas por igual, no extraviemos la senda ni corramos a ellas a impulsos de un pesimismo ciego, y abramos una discreta ventana en nuestra alma para contemplar las portentosas maravillas que nos circundan; para cantar con la vida que canta, para reír con la naturaleza que ríe; para filosofar sobre el mal y recoger su escondida semilla de bien; para acordarnos que el Dolor, el sacrificio y el llanto, son oscuros brebajes de purificación.

Abramos una discreta ventana en nuestro espíritu para recibir la claridad esplendorosa sin deslumbrarnos, sin aturdirnos ni quemar nuestras alas como la mariposa insensata.